

El último Párrafo

Se me acabaron los cigarrillos antes de terminar el último párrafo.

Escribí algunas líneas más, después firmé, metí la carta en un sobre y escribí su nombre en letras mayúsculas.

En los monitores se anunciaban los destinos de los trenes y los trenes llegaban y salían y la gente subía y bajaba y todos parecían saber a dónde iban.

Por una vez yo no llevaba equipaje.

Lo había dejado todo en la pensión. En la habitación de la ventana grande y la cama pequeña y el suelo de madera y los geranios blancos.

Ella estaría también allí, dormida todavía. Casi nunca nos levantábamos temprano y yo no había querido despertarla al marchar. Sólo escribí en un trozo de papel: *vuelvo enseguida, te quiero*, y lo dejé en la mesilla. Y le dí un beso.

Desde la primavera habíamos vivido juntos en aquella pensión. Ahora los días tenían niebla, y frío, y calles mojadas, y tidas esas hojas secas que se habían caído de los árboles; pero nuestra habitación era cálida y tenía libros y cuadernos con los dibujos que ella había hecho y trocitos suyos y míos que los dos habíamos ido dejando sin saber en cada rincón en cada esquina.

Me senté en una mesa de la cafetería y pedí un cortado y un vaso de agua. No sabía por qué no estaba triste o al menos un poco nervioso; tampoco sabía por qué, al ir hacia la estación, había pensado que después iba a estar triste o al menos un poco nervioso.

Bebí el café despacio y me di cuenta de que de todas las cosas que recordaba la mitad no había sucedido todavía, y la otra mitad ya estaban tan lejos como intentar llegar a Australia navegando en un barco de papel.

Me sorprendió un *¿tienes fuego?* disfrazado de mujer en falda corta, pelo azul y ojos rizados. Dije sí, busqué el mechero y encendí su cigarro. Ella dijo un gracias pequeño y salió al andén.

El reloj de pared marcó las once en números romanos y un tren se puso en marcha, alejándose primero despacio y después más deprisa.

De repente tuve una sensación extraña, de arañas como hormigas recorriéndome el estómago, igual que aquella vez, y recordé a mi hermano, y el día en que los dos nos escapamos de casa porque queríamos ver el mar. El tenía diez años y yo siete y nuestro padre nos castigó durante semanas después de aquello. Pero a nosotros no nos importó y él continuó planeando aventuras y yo continué siguiéndole en cada ocurrencia descabellada porque era mi hermano mayor y posiblemente la persona a quien yo más admiraba en todo el mundo a los siete años y medio.

La última vez que lo vi seguía intentando llegar al mar. Cuando nos despedimos, en una estación parecida a aquella, me dio un paquete diciendo que lo abriera cuando se hubiera ido. Y no dijo adiós porque nunca decía adiós.

Compré más cigarrillos y pedí otro café. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y toqué las tapas duras del libro. Lo saqué y volví a leer lo que él había escrito en la primera página hacía ya algunos años:

Cualquier viaje es siempre un regreso o una fuga; algunas veces puedes elegir y otras no.

Fuera empezó a llover y se empañaron los cristales. Yo me levanté y dejé encima de la mesa el sobre cerrado entre las páginas, pensando:

- Bueno, este es mi tren.

El único que lo vio fue un niño muy pequeño con una piruleta muy grande. Tiró del abrigo de su madre y dijo asombrado:

- ¡Mamá mira! Hay un hombre en la vía.

Elvira Valgañón